



Gobierno de Chile



Ministerio de Educación

Gobierno de Chile



Consejo Nacional de la Cultura y las Artes

Gobierno de Chile



Oficina de Santiago
Oficina regional de Educación para América Latina y el Caribe

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura



EL ARTE MUEVE la EDUCACIÓN

Educación **Cultura**



SEMANA EDUCACION ARTISTICA. CULTURA.GOB.CL



LA IMPORTANCIA DEL ARTE PARA LA VIDA

ELICURA CHIHUAILAF NAHUELPÁN I* POETA

Vengo porque me llamó una amiga y acepté porque vengo de una cultura en la cual la amistad es un tesoro que hay que cuidar. También la acepté porque el diálogo es necesario. Me parece que hoy en Chile el diálogo prácticamente no existe. Aquí los planteamientos frente a lo que es cultura o es arte se dan, a nuestro parecer, de manera escindida. Nosotros (los mapuches) partimos de un centro que nos permite adentrarnos en lo que se denomina cultura o arte o educación artística, y que es el centro de nuestra visión de mundo, y que en mapudungún se dice “*itrofil mogen*”, que en castellano sería “la totalidad sin exclusión”, “la integridad sin fragmentación de la vida, de todo lo viviente”.

Ahora cuando se abordan estos temas, indudablemente se tratan desde una sola visión de mundo, porque las demás visiones de mundo que aquí habitan han estado excluidas del sistema, no solo educacional y cultural... Incluso el manejo de los conceptos que mueven estos pensamientos, constituyen definiciones unívocas que no consideran, por ejemplo, que la construcción de ciudades, que es tan determinante para la vida cotidiana, tendría que hacerse con arte. Y finalmente, ¿qué es el arte? No es sino la expresión de la palabra, lo más importante que posee el ser humano.

El tema que se trata aquí tiene que ver con la totalidad de la vida. Es difícil para mí hablar aquí de la cultura, del arte, cuando he vivido en y he venido desde un pueblo cuya visión de mundo me habita; indudablemente en mí también dialoga la chilenidad que amo, porque he tenido el privilegio de vivirlo como un privilegio, pero es difícil, digo, porque aquí necesariamente están implicados varios conceptos, entre ellos el de democracia. Yo de verdad siento que como mapuches nunca hemos vivido en democracia, porque en forma permanente hemos vivido la violencia de tener que adaptarnos a lo que nos impone el sistema.

1

* (Elicura significa “piedra transparente”; Chihuailaf: “neblina extendida sobre un lago”; Nahuelpán: “tigre-puma”).



Santiago no tiene o tiene muy poco arte, para no ser tan taxativo y se supone que el arte otorga calidad de vida. Una ciudad con calidad de vida es una ciudad que recuerda, que tiene memoria respecto de qué se instaló sobre la naturaleza y de qué expulsó de esta. Entonces, una actitud artística tiene que ver con las políticas generales que se adoptan en el país. Sería hermoso que se asumiera el arte de permitir que la naturaleza nuevamente ingrese a esta ciudad, que es una de las ciudades, diría yo, más duras de América Latina, en que la violencia soterrada, transformada en eufemismo, se da a cada rato.

Entonces, como el tiempo es breve y la conversación requiere de una tranquilidad, de un ritmo natural, frente al tema que me propusieron yo tengo una coartada. Así es que les voy a leer un texto en el que hablo de cómo esto denominado artístico a mí me permitió tener más claro el observar, el escuchar, y la importancia en mi cultura de lo que es el silencio, en ese proceso que nos lleva a la contemplación y finalmente a la creación. Reitero una vez más aquí que yo soy un escéptico-optimista, porque me parece que para avanzar en este ámbito que nos ocupa esta mañana se necesita de algo que es urgente en la chilenidad (y se los digo con ternura, porque nuestra gente dice que la ternura también a veces duele). Esto es que la chilenidad se ocupe de una buena vez de la tarea de asumir su identidad, su “almidad”, porque tengo la impresión de que Chile no asume su hermosa *morenidad* –tomando en cuenta que la hermosura del jardín la hace la diversidad de colores. Hay en nuestro jardín a veces flores que se imponen naturalmente, y aquí sin duda la *morenidad* no asoma a través del sistema educacional.

Creo que el arte es una actividad, una experiencia, que todo el mundo puede ejercer, incluso hasta en los lugares más desdeñados. Vengo de tener una experiencia que agradezco infinitamente. Antes de ayer estuve, y en días anteriores también, en un encuentro que me parece bastante único: un encuentro de conversación y literatura en las favelas de Brasil. Entonces me viene a la mente todo esto del éxito económico que finalmente queda limitado, o que incluso surge como una especie de furúnculo que brilla. En contraste, ahí aun en la más tremenda pobreza, el espíritu, el alma, la conversación entre el espíritu y el corazón, brillan hasta en los lugares aparentemente más oscuros.

Comparto con ustedes un fragmento de Relato de mi sueño azul

Ñi Kallfv ruka mu choyvn ka ñi tremvn wigkul mew mvley wallpaley walle mu, kiñe sause, kamapu aliwen, kiñe pukem chi choz aliwen rvmel tripantv mu kiñe antv allwe kochv ulmo reke ka tuwaymanefi chillko ta pu pinza rvf chi kam am trokiwiyiñ, kiñe rupa kvnu mekey! Pukem wamfiñ ñi tranvn ti pu koyam ti llvfkeñ mew wvzam tripalu. Zum zum nar chi antv mu tripakiyiñ, pu mawvn mu ka

millakelv nar chi tromv mu yeme ketuyiñ ufisha -kiñeke mu gvmañpekefiñ ka kura ñi nvtramkaken ta kulliñ lan mu egvn weyel kvlerpun mu pu ko egvn- Pun fey allkvтуkeyiñ vl, epew ka fill ramtun inal kvtral mew neyentu nefiyiñ ti nvmvn kvtral kofke ñi kuku ka ñi ñuke ka ñi palu Maria, welu ñi chaw egu tañi laku egu -Logko lechi lof mew- welu kvme az zuwam pukintu keygu. Pichikonagen chi zugu nvtram kaken welu ayekan chi pu kom zugu no. Welu fey mu kvme kimlu ti vlkantu trokiwvn. Fillantv pvram niel chi mogen welu pichike inakan zugu no wilvf tripachi kvtral, pu ge mu pu kvwv mu. Luku mu metanieenew ñi kuku allkvken wvne ti kuyfike zugu tati aliwen egu ka kura ñi nvtramkaken ta kulliñ ka ta che egu. Fey kamvten, pikeenew, kimañimi ñi chum kvnvwken egvn ka allkvam ti wirarchi zugu allwe ellkawvn mu kvrvf mew. Ñi ñuke reke wvla, kisu ñvkvfvekey che mu rume pekan llazkvkelay. Fey pekefiñ ñi wall trekayuwken tuwaykvmekey ñi kuliw poftun mu ti lvg kalifisa. Feyti fv w fey kvme pun ga witralkvley kvme ñimiñ zewkvlerpuy.

Sentado en las rodillas de mi abuela –monolingüe del mapudungún, el idioma de la Tierra– oí las primeras historias de árboles y piedras que dialogan entre sí, con los animales y con la gente. Nada más, me decía, hay que aprender a interpretar sus signos y a percibir sus sonidos que suelen esconderse en el viento.

También con mi abuelo, jefe de la comunidad (bilingüe en mapudungún y castellano), compartimos muchas noches a la intemperie. Largos silencios, largos relatos que nos hablaban del origen de la gente nuestra. , del Primer Espíritu mapuche arrojado desde el Azul. De las almas que colgaban en el infinito, como estrellas. Nos enseñaba los caminos del cielo, sus ríos, sus señales. Cada primavera lo veía portando flores en sus orejas y en la solapa de su vestón o caminando descalzo sobre el rocío de la mañana. También lo recuerdo cabalgando bajo la lluvia torrencial de un invierno entre bosques enormes.

Con mi madre y mi padre salíamos a buscar remedios y hongos; con ellos aprendí los nombres de las flores y de las plantas. Los insectos cumplen su función. Nada está de más en este mundo. El universo es una dualidad, lo positivo no existe sin lo negativo. La Tierra no pertenece a la gente. Mapuche significa gente de la Tierra, me iban diciendo.

Esta crónica, este poema, “Sueño azul”, cuyo breve fragmento refiero, se ha transformado en la columna vertebral de toda mi oralitura (la escritura al lado de la palabra de los mayores; intentando siempre acercarla a sus cadencias, a su implícito canto). Columna vertebral, digo, porque es el centro de mi pensamiento, de mi memoria, en el cobijo de mi familia que me otorgó el privilegio de la vivencia y el entendimiento de la ternura y la libertad, siempre en el contexto de la filosofía nuestra, y nativa en general, de que “la ternura también a veces duele”. Eso significa una discipli-

na de cariñoso respeto a los mayores y a la naturaleza. Lo que digo en ese poema, en esa crónica, es tan solo la descripción de la realidad de mi vida interior y exterior. No hay nada inventado en esas líneas. Es también mi posición ante la denominada “modernidad” intercultural.

Nuestra cotidianidad transcurría la mayor parte del tiempo en una gran cocina a fogón. Allí recibimos, sin darnos cuenta, la transmisión de lo mejor de nuestra cultura en todos sus aspectos: el arte de la conversación y los consejos de nuestros mayores. La conversación ritual en la que –para despertar todos los sentidos, nos decían nuestros abuelos y nuestras abuelas– se compartía la palabra discursiva o cantada, la comida, la bebida y, a veces, el dulce sonido de los instrumentos musicales, mientras en nuestra visión ardía la llama de la imaginación. Cada uno de los que estábamos en torno al fogón –niños y adultos–, adoptábamos la posición que mejor nos acomodara, de tal modo que se cumplieran las condiciones necesarias para el difícil y permanente aprendizaje de escuchar.

Por las mañanas nuestros mayores se preguntaban unos a otros (y nos preguntaban a todos): “¿Pewmaymi?, ¿pewmatuymi?”/“¿Soñaste?, ¿qué soñaste?”, decían. La cultura mapuche sigue siendo una cultura en la que el lenguaje de los sueños ocupa un espacio muy importante. Desde allí surgen, con frecuencia, nuevas palabras, nos dicen. Los verdaderos sueños tienen un carácter de anunciador de lo que vendrá. En los sueños se constata que cuando andamos dejamos huellas, pero al mismo tiempo proyectamos otras. Por eso podemos develar su derrotero en el devenir del tiempo, porque son huellas más prístinas y pueden –por lo tanto– ser “leídas” más fácilmente que aquellas del pasado lejano o inmediato y menos o más cubiertas por el polvo de la tierra y el recuerdo.

Escuchando a nuestras ancianas y a nuestros ancianos, los niños y niñas comenzábamos a aprender el arte de iluminar los sueños para –en el transcurso de los años– acercarnos a la sabiduría de su comprensión. Porque, dado que somos una pequeña réplica del Universo, nada hay en nosotros que no esté en él. La gente viaja por la vida con un mundo investido de gestualidades que se expresa antes que el murmullo inicial entre el espíritu y el corazón sea realmente comprendido. Por eso, nuestros sueños tienen su trascendencia en el círculo del tiempo (somos pasado porque somos presente y solamente por ello somos futuro), tal como lo ha sido el sueño de la Tierra contenido en el relato de nuestro origen, el relato de nuestro Azul. Sí, “el primer espíritu mapuche vino arrojado desde el Azul”, pero no de cualquier Azul, sino del que fluye desde el Oriente, desde donde se levanta el Sol, dijeron. Es la energía Azul que nos habita y que cuando abandona nuestro cuerpo sigue su viaje hacia el Poniente para reunirse con los espíritus de los recién fallecidos y juntos continuar el derrotero hasta el lugar Azul de origen para completar el círculo de la vida.

Como ya les dije, *itrofil mogen* es el centro de nuestra filosofía, que en castellano, si hay que definirlo, diríamos que es la biodiversidad. Somos apenas una pequeña parte del Universo. Una parte más con todo lo esencial que ello implica en la reciprocidad. Por eso, nos dicen, debemos tomar de la Tierra solo lo necesario para vivir. No somos utilitarios en el misterio de la vida. Así, la Tierra no tiene un sentido utilitario para nosotros. Tomamos de ella lo que nos sirve en el breve paso por este mundo, sin esquilmarla, así como ella nos toma –poco a poco– para transformarnos en agua, aire, fuego, verdor. Por eso, nuestra gente nos dijo y nos está diciendo: “A mayor silencio, y consiguiente contemplación, más profunda será la comprensión del lenguaje de la naturaleza y, por lo tanto, mayor será la capacidad de síntesis de los pensamientos y de sus formas con las que vamos fundamentando la arquitectura de la poesía, el canto necesario para convivir con nosotros mismos y con los demás”.

2

Ya en el exilio de la ciudad, en medio del viento que hacía crujir nuestra casa de madera, comencé a leer especialmente narrativa chilena y todas las revistas y libros a los que tuve la posibilidad de acceder. Textos que despertaron mi curiosidad, mi nueva necesidad de asomarme a espacios desconocidos. Porque el mundo es como un jardín, nos dijeron, y nos están diciendo; cada cultura es una delicada flor que hay que cuidar para que no se marchite, para que no desaparezca, porque si alguna se pierde, todos perdemos. A veces pueden parecernos semejantes, pero cada una tiene su aroma, su textura, su tonalidad particular. Y aunque las flores azules sean nuestras predilectas, ¿qué sería de un jardín solo con flores azules? Es la diversidad la que otorga el alegre colorido al jardín (al mundo lo reencantan y lo enriquecen todas las culturas o no lo reencanta ni lo enriquece ninguna, me digo). Así, esta conversación conmigo mismo, en la lejanía de mi gente y de mis lugares, en la que me hablaban todavía más intensamente las voces de mi infancia.

Pero, ¿de qué sirve la palabra poética (y diría el arte) si uno no la asume como un modo de vida? Soy mapuche y asumo el diálogo con mi chilenidad. Pertenezco a la nación, a la cultura mapuche. Soy una expresión de su diversidad. Voy y vengo desde un territorio en el que nuestra gente ha permanecido durante siglos sosteniendo una lucha por ternura, cada cual desde el lugar en que la causalidad lo ha situado. Ñuke *Mapu* es nuestra Madre Tierra; nos consideramos sus hijos e hijas como uno más entre los seres vivos. Por eso, nos dicen, ¿qué hija, qué hijo agradecido no se levanta para defender a su madre cuando es avasallada? En el círculo de la vida somos presente porque somos pasado y solamente por ello somos futuro. No es posible escindirlo, no es posible el olvido. Olvidarse es perder la memoria del futuro, nos dicen.

Escribo, escribo, escribo en mi corazón. Dolorosa ha sido también nuestra historia. A esta hora – como a toda hora, nos dicen– unos vigilan soñando –trabajando– en la construcción de la libertad y la ternura para todos los seres humanos, mientras otros vigilan calculando el mejor modo de socavar esos sueños para que se derrumben, para que se obnubilen.

Quiero recurrir otra vez no solo a la memoria de mi gente, sino también a la memoria de personas que en el mundo, desde lo mejor de sus culturas, nos han permitido saber que el ser humano es uno solo mirando su universo interior y exterior desde diferentes perspectivas en la dualidad que nos habita y que habitamos. Personas que nos han permitido pensar acerca de nuestra condición construida también con historias y desde identidades particulares que contienen la misma inquietud de búsqueda de la libertad y de la igualdad, sostenida en la constante pregunta respecto de qué es el ser, de dónde venimos, hacia dónde vamos, para alcanzar algún día esa ternura verdadera por la vida de todas las culturas, de todos los pueblos.

Han transcurrido poco más de cien años desde que el Estado chileno consolidó su irrupción violenta en nuestro país mapuche. ¿Y qué ha cambiado? Sí, digo, algo ha cambiado, algo que no sé expresar con claridad porque no ha alcanzado su hondura en la palabra que se pronunció y que pronuncio. Por eso no ha logrado hacerse prístino en los espíritus, en las miradas que siguen pensando sobre la piel de los que somos nativos, indígenas, originarios o como quieran llamarnos, y que comienza a pesar también hoy sobre la piel de tantos blancos categorizados de “hispanos”, y que son condenados a ejercer los peores trabajos por la sinrazón de las sociedades que no conversan y concluyen generando, paradójicamente, sus propias dictaduras de libre mercado.

Hay unos pocos, abiertos o encubiertos, dueños del poder –cada vez menos, pero cada vez más feroces–, que nos igualan en mayorías marginadas de sus historias oficiales, de sus milagros económicos, de sus “modernizadas” justicias. Ahora recorren otra vez la tierra para confabularse, ¿y qué debemos hacer nosotros?, nos están diciendo algunos de nuestros mayores y de nuestros jóvenes, nuestros lonkos y nuestras machis, desde las cárceles chilenas.

Tenemos nuestros sueños acosados por esa dura realidad. La memoria del joven jefe seattle, desde tierra swamish, nos está diciendo: si incluso consideráramos

la posibilidad de que el hombre blanco nos compre nuestra tierra, mi pueblo pregunta: ¿qué es lo que quiere el hombre blanco? ¿Cómo se puede comprar el cielo, o el calor de la Tierra, o la velocidad del antílope? ¿Cómo vamos a venderos esas cosas y cómo vais a poder comprarlas? ¿Es que acaso podréis hacer con la Tierra lo que queráis, solo porque un piel roja firme un pedazo de papel y se lo dé al hombre blanco? Si nosotros no poseemos el frescor del aire, ni el brillo del agua, ¿cómo vais a poder comprárnoslo? ¿Es que acaso podéis comprar los búfalos cuando ya habéis matado al último?

La memoria del joven Martin Luther King nos está diciendo:

Este no es el momento de tener el lujo de enfriarse o tomar tranquilizantes de gradualismo. Ahora es el momento de hacer realidad las promesas de democracia, ahora es el momento de salir del oscuro y desolado valle de la segregación al camino alumbrado de la justicia racial. Entonces, les digo a ustedes que aunque nosotros enfrentemos las dificultades de hoy y de mañana, aún yo tengo un sueño. Es un sueño profundamente arraigado en el sueño americano.

Algo ha cambiado en Chile, me dicen, algo ha cambiado en el trato del Estado chileno hacia nuestro pueblo, mas ¿qué ha cambiado? Pienso en mis hijas y en mis hijos, pienso en mis antepasados muertos. Me dicen: “No, no somos solos, no estamos solos”. Hoy día, ante la amenaza de la anulación y de la destrucción, en el espíritu y el corazón de la humanidad silenciosamente germina y se construye algo que responde a las leyes de la lenta reconstitución de las hebras del más antiguo tejido universal.

4

Recibimos el regalo de la palabra. Es el regalo del quehacer artístico. Nosotros optamos por ahondar en su tierno y a veces duro camino. Sabido es que nuestro “oficio” es solitario, pero lleno de las voces de nuestra gente y del Universo infinito. Nos nutrimos de la observación que nos invita al silencio. Y aunque escribamos para nosotros mismos, escribimos a orillas de la oralidad de nuestros mayores, de cuya memoria aprendemos los sonidos y su significación ya develada. Ellas, ellos, nos entregan el privilegio, el desafío de lo por nombrar. La palabra dicha o escrita con verdad siempre brillará como una estrella, nos dicen. Por eso, me sigo diciendo, no podemos olvidar que los pasos cotidianos en el territorio nuestro tienen que ver con los pasos del viento, pero también con los del más pequeño insecto. Con la mirada del cóndor en alto vuelo, mas también con la oruga. Con el grito de los ríos torrentosos, pero también con el silencio de los lagos. Con la prestancia del huemul, mas también con la humildad del pudú. ¿Puede el bosque renegar del árbol solitario? ¿Puede la piedra solitaria renegar de su cantera?

La primera y más importante grada en la creación y en el método científico es la observación. En la búsqueda de respuestas sin certezas –generadoras siempre de nuevas e infinitas preguntas– respecto de cómo nos instalamos en esta tierra, ella le sigue otorgando la energía de ser, de existir. La observación definió la visión de mundo desde la que comenzaron a creer y a crear todas las culturas, todos los pueblos, en todos los continentes, sin excepción. El círculo del pensamiento –silencio, contemplación, creación– permitió que cada sociedad escuchara, percibiera y, por lo tanto, nombrara su entorno visible e invisible de una manera propia.

Otra vez la palabra en la construcción de lo nombrado, y proyectando también los despojos de un cuerpo que será nuevamente tierra, fuego, agua, aire. El impulso constante de la palabra intentando asir el misterio de la vida. La palabra, agua que fluye pulimentando la dura roca que es nuestro corazón. La palabra, el único instrumento con el que podemos tocar aquello insondable, misterioso, que es el espíritu de otro, de otra, con quien conversamos. La palabra, esa penumbra en la que podemos acercarnos al conocimiento, a la comprensión, del espíritu de los demás seres vivos y también al de aquellos aparentemente inanimados.